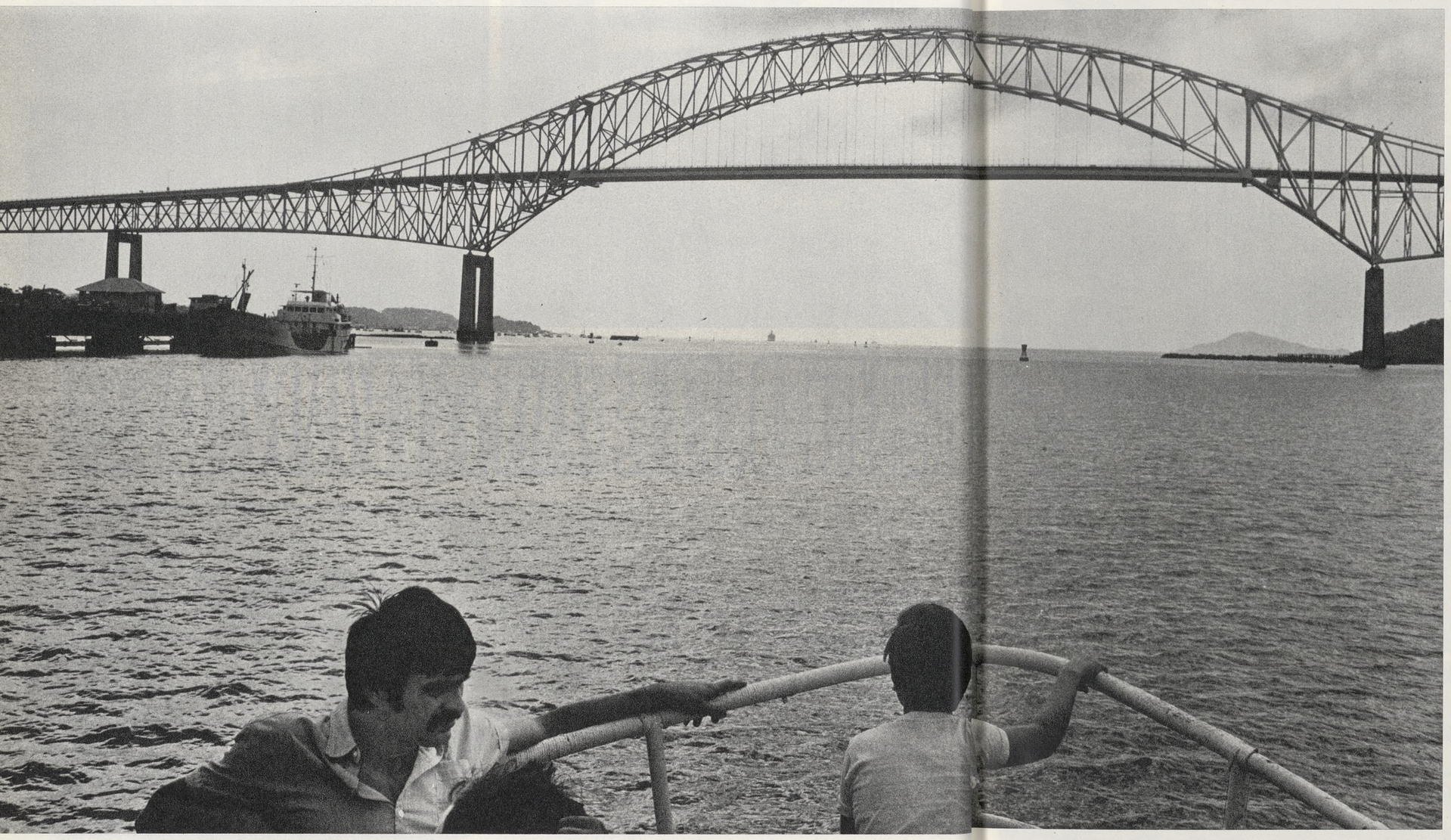
DE PANAMA AL DESIERTO DE ATACAMA

Por
Werner
Herzog
Meier

DE PANAMA AL DESIERTO DE ATACAMA



En las fotos de las páginas 22 y 23, aspectos de la vida en los extremos de este periplo: arriba, a la izquierda, la alegría de los niños panameños, y a la derecha, el Cerro Tocorpuri, de Chile; debajo, izquierda, el oasis del Toconao, en Atacama, y a la derecha una impresionante vista de Magallanes. En estas dos páginas, en el centro, el puente de las Américas, en Panamá, y de arriba a abajo: paisaje de Magallanes, un grupo de llamas, el cementerio de San Pedro de Atacama, perros de pastoreo y rebaños en Atacama, el volcán Licacanbaur, de 5.900 metros y de compras en Punta Arenas, Chile.

QUE emoción y qué alegría la de entrar, después de muchas horas de carretera por zonas poco pobladas de América Central, por el airoso y elegante puente de las Américas, en la ciudad de Panamá. Llegamos al lugar donde se estrechan la mano las dos Américas, donde se saludan tantas razas del mundo. Panamá es el istmo, vive por el istmo, este cordón umbilical que juntaba las viejas culturas precolombinas y que hoy día alberga, fiel a su destino, una infinitud de razas de este mundo. Al pisar las calles de esta ciudad, una de las primeras impresiones que inunda al viajero es la alegría de sus habitantes. Aquí parece que la vida es menos penas y trabajo. Parece que la vida es un constante fluir «líquido» en el cual hay que sumergirse y por el cual hay que dejarse arrastrar. Aunque haya pobres en Panamá, parece que siempre hay entendimiento y solución para todo. El chófer alegre que conduce su variopintado autobús, que los panameños llaman «chiva» por las siempre animadísimas calles centrales de la capital, el tendero que acaba de hacer un buen negocio sin hacer daño a nadie, las amas de casa que buscan una ganga en el baratillo cerca del venerable Miller House, todos ellos parecen sentir la vida como un juego que trae y que quita las cosas con una naturalidad espontánea. En Panamá me sentía liberado del nerviosismo, de las tensiones que reinan en muchas partes de nuestro mundo occidental. ¿Es que en esta ciudad habrá de verdad menos problemas? Más me parecía que los panameños han logrado un feliz compromiso con su multifacético pasado y, también, con sus condiciones climáticas que quitan agresividad e impulsan hacia el goce. Los panameños han sabido sacar todo lo positivo de este compromiso y —¿por qué no?— todo lo útil de su excepcional situación geográfica.

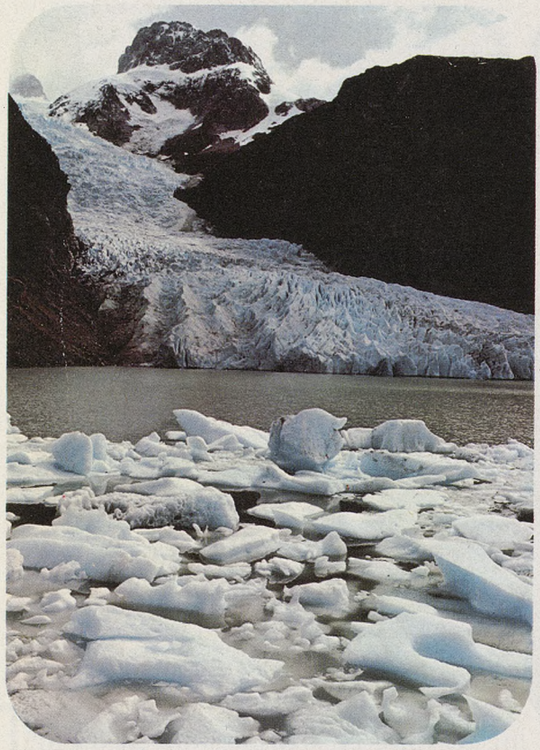
España está presente en muchísimos rincones de Panamá. Era una España orgullosa y rica que en Panamá defendía sus monopolios contra cualquier invasor. En las importantes fortificaciones portuarias se adivina sus enemigos. Eran los piratas ingleses y franceses, los temibles Drake y Morgan, que buscaban un punto vulnerable en la larga ruta del oro que había de terminar en Sevilla. Pero España es recuerdo lejano. Hay un Panamá joven del siglo XIX que ha enriquecido la herencia hispánica. Son los negros de las Antillas, los «coolies» chinos venidos para construir el ferrocarril del canal y los blancos llegados de todas las partes del mundo para hacer aquí una nueva vida que han reformado esta capital que se siente tan orgullosa, que llama a toda región del país que no sea capital el «Interior».

He pasado Nochebuena en Panamá. Es la fiesta de la puerta abierta. Me invitó una familia panameña que había conocido furtivamente en la calle sólo un día antes de la fiesta. Me invitaron y me ofrecieron regalos y más regalos. Y se abría la puerta de la casa y llegaron parientes y más parientes. Era un vaivén constante, abrazos, saludos y regalos. Y yo pertenecía a aquella familia como si fuera un primo más. Al salir de la casa de aquellos amigos panameños, me dije: «Esto es Panamá. Una casa abierta, de par en par.»

DE PANAMA AL DESIERTO DE ATACAMA

En la página de enfrente, arriba, otra vez la gracia de los niños panameños; debajo, una calle céntrica en el Panamá abigarrado donde se da cita el mundo. En esta página, de arriba a abajo: los incomparables paisajes de la región extrema de Chile, y en color, a la derecha, dos vistas próximas a Puerto Magallanes.

BIEN VENIDOS
A
PUERTO WILLIAMS
RECINTO NAVAL
EL MAS AUSTRAL DEL MUNDO



DE PANAMA AL DESIERTO DE ATACAMA

ATACAMA

A las tierras del desierto de Atacama, uno no llega fácilmente. Están a más de 1.000 kilómetros al norte de Santiago de Chile. Hay sólo una carretera y vive allí muy poca gente. Pero no nos equivoquemos. Por estas tierras andaban, hace cuatro siglos ya, tropas españolas. Diego de Almagro y un par de centenares de atrevidos atravesaron dos veces estas llanuras y valles impresionantes de la naturaleza chilena. Siguieron los españoles en su búsqueda de nuevas tierras y riquezas el viejo camino incaico que atraviesa el desierto desde San Pedro de Atacama a Copiapó.

Esta hazaña nos parece increíble hoy, cuando miramos desde el salar de Atacama hacia los horizontes interminables donde tenían que desaparecer un día en el año 1536, las sombras de estos caballeros sin temor. El desierto de Atacama es un paisaje cruel y cautivador a la vez. Sentimos que aquí el tiempo del hombre está aún en sus comienzos. Como el liquen a su piedra el hombre de Atacama se aferra a los pocos oasis donde se juntan los escasos caudales de agua que existen en esta tierra lunar. El cielo de un azul sin mancha, el sol implacable y el aire diáfano dan la impresión que en estas soledades el tiempo no avanza, que aquí todo será siempre igual. La estética es sobrecogedora en su sencillez. Tiene formas elementales: la inmensa llanura gris, amarilla y rojiza, los millones de piedras esparcidas en el suelo duro, los conos anchos y blancos de los volcanes andinos.

En el desierto de Atacama la naturaleza reina todavía sin rival. El hombre no ha impuesto su voluntad. Es un ser perdido en una inmensidad de tierra y cielo. En una tarde entera hemos visto pasar entre Toconao y San Pedro tres coches. Tres veces se levantaba una nube de polvo, se disolvía en el aire y caían de nuevo una soledad y un silencio enormes. No sé cómo la gente de Atacama puede vivir y dormir con tanto silencio. En San Pedro hemos observado a un paisano que iba en bicicleta a su huerta. Parecía ridículo ir en bicicleta en este paisaje mágico que anula el esfuerzo humano. Pero este hombre llegaba a su huerta y se echaba a trabajar. Llevaba su vida diaria, sin más. La costumbre no pregunta.

En esta tierra inhóspita hemos observado un hecho asombroso. Hemos visto cómo los hombres vencen su soledad y se unen en una voluntad común. Era un partido de fútbol, nada más. Los hombres de Calama habían alquilado un autobús y habían atravesado el desierto durante horas y horas para ver a sus compatriotas de Toconao. Al terminar el partido, al caer la noche, regresaron a la ciudad de Calama. Se despidieron, se levantó la nube de polvo detrás de su vehículo y después reinaban de nuevo el silencio, la piedra, el desierto.

MAGALLANES

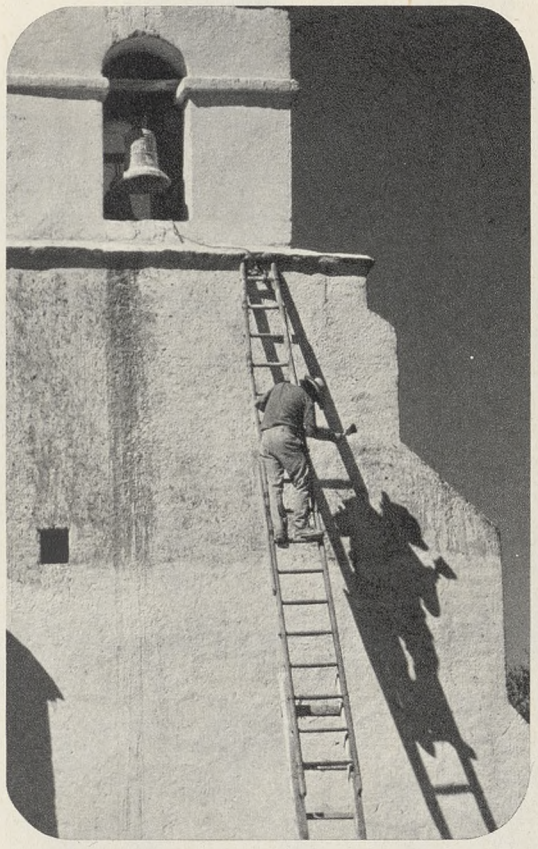
¿A Magallanes quieren ir? ¿Ahora? Ya es tarde. En Magallanes ya llueve o cae nieve. Este fue el comentario lacónico que hicieron en la agencia de viajes. Pero nunca hay que dejarse desanimar. Estábamos a mediados de marzo y todavía no comienza el invierno en esta tierra austral. Cogimos el avión.

Punta Arenas nos parecía una ciudad noruega, con su viento incansable, su sol débil y las aguas claras de su bahía. Y era casi más confortable que una ciudad noruega. Punta Arenas tiene casas sólidas de piedra con una calefacción impecable, tiene restaurantes y cines. También tiene un museo curiosísimo donde se muestra la fauna de Chile Austral. A esta «fauna» pertenecía un día el indio. Hay fotos amarillentas de los últimos grupos de los Onas en la isla Dawson y en Porvenir en este museo. En una foto se ve un grupo de indios formando una banda. Les habían enseñado a tocar los instrumentos los padres salesianos italianos. Los músicos estaban incómodos en sus chaquetas estrechas y sin embargo sonreían. Esto fue a finales del siglo pasado. Pero ya no hay indios Onas. Sólo quedan las fotografías amarillentas.

Magallanes es otro paraíso de la naturaleza. Los dos sitios más bellos son el sur de Tierra del Fuego, y los fiordos de Ultima Esperanza. Una vez por semana sale un barco de Puerto Natales hacia los ventisqueros que se esconden en los lugares más recónditos de Ultima Esperanza. Brota un turismo primitivo que quiere mostrar a los chilenos las insospechadas bellezas de su tierra. El paredón helado del ventisquero de Serrano se levanta al fondo de una hermosa laguna. De vez en cuando cede el glaciar un trozo de masa fría y azul. Con estruendo el hielo cae al agua. La laguna está repleta de pequeños trozos flotantes. Algunos turistas se empeñan en tirar piedras sobre el hielo reluciente. Tiran piedras y más piedras. Debe ser que algo les empuja, les urge a hacer esto. ¿Será una instintiva manifestación de defensa? ¿Será que el hombre no aguanta el espectáculo de una naturaleza virgen y poderosa ante la cual se siente vencido?

Puerto Williams está más al sur que Tierra del Fuego. Se sitúa en la isla de Navarino, a escasos 100 kilómetros del Cabo de Hornos. Sin embargo, en puerto Williams viven 600 personas, marinos chilenos con sus familias. Hay escuela en Puerto Williams y hay una tienda donde se vende de vez en cuando un poco de legumbre o fruta. Aquí en la «ciudad más austral del mundo», 600 hombres tratan de hacer una vida. En el letrero de Puerto Williams dice «Santiago 3.300 kilómetros». Nadie como los marinos de Puerto Williams miran con tanta frecuencia al cielo. Es el avión que trae la noticia, la esposa, la alimentación. También amarran barcos en Puerto Williams. Nosotros nos despedimos de los marinos después de una breve visita de dos horas. Sobre el Canal de Beagle, el DC 4 de la Fuerza Naval gana altitud para cruzar la cordillera Darwin y para regresar a Punta Arenas. Me habían dicho los marinos que toda la gente de Puerto Williams juega mucho al tenis de mesa. Lo comprendo. Los inviernos en la ciudad más austral del mundo deben ser interminables.

W. H. M.



En la página de la izquierda, a un lado: camino hacia Puerto Williams, los hielos australes, y visión fantástica de un cóndor; en el centro: un rincón idílico en Magallanes, el rebaño con su típico pastor, y una puesta de sol en Atacama. En esta página: la iglesia de San Pedro, en Atacama.